

PALABRAS PARA ARMANDO

1. DE Jorge Alemán, leídas por Susana García

Cuando conocí a Bauleo él era una encrucijada. La época lo atravesaba entera y nadie como él, para encarnarla en todos sus aspectos.

Armando Bauleo era la ruptura marxista con la Internacional Psicoanalítica, era el inventor del Grupo Plataforma, era la vanguardia política del psicoanálisis en relación a la psicología social de Pichón Riviere, era el marxismo y sus prácticas, era Sartre y el compromiso existencial en la situación política.

La escena en la que tuve el honor de encontrarlo testimonia de todo esto. Bauleo trabajaba en un hospital de la zona norte de Buenos Aires y yo, con 19 años militaba en una de las villas cercanas. No puedo recordar qué fue lo que nos convocó, pero así era esa época, una pasión invisible empujaba hacia reuniones insólitas. En este caso, se trataba de hacer un censo sanitario y de contar para ello con todos los líderes de la villa y luego, a partir de ellos, de constituir grupos en la villa misma para establecer un nuevo tipo de alianza entre el hospital, el barrio, la villa, las agrupaciones políticas. Armando era el director de orquesta de esa trama que, en su apuesta, iba a generar un nuevo tipo de vínculo social.

Este escenario sin duda muestra los vasos comunicantes extraordinarios desde la perspectiva actual, la insólita conexión de lugares donde un psicoanalista famoso como Bauleo, un grupo de militantes de una villa, un hospital, un grupo de discusión sobre la relación Marx, Freud y la política argentina comparecían en una misma circunstancia.

Si se quisiera medir la devastación posterior, bastaría comprobar cómo actualmente se han desconectado de manera absoluta aquellos lugares, esos lugares que en sus distintas modalidades de intercambio configuraban lo que concebíamos como una situación prerrevolucionaria, y a la que pretendíamos ofrecer nuestra fidelidad.

No olvidaré nunca el primer encuentro con Bauleo, con "Armandito" como me atreví a llamarlo muchos años después, no olvidaré nunca la luz de su rostro, la espontaneidad con la que el grupo de trabajo se volvía la materia que él proyectaba con un rigor exquisito y no

olvidaré nunca lo que desde el primer encuentro quedó como una impronta: su risa invicta. Su risa invicta de aquellos días gloriosos de los años 70, su risa invicta aún en el comienzo de la Dictadura, en el exilio y en su enfermedad, su risa invicta en los encuentros en Italia, en Francia, y en aquella mañana en el café Gijón donde nos encontramos con Felix Guattari para hablar del antiedipo, y de manera cómplice Bauleo y yo supimos que el relato francés, al lado de nuestra peripecia política y existencial era un cuento universitario.

En la primera ocasión que nos encontramos al finalizar la reunión con mi grupo, para mi sorpresa, me agarró del brazo y me dijo "Qué fóbico que sos ,pibe". Gracias a él supe entonces que a veces se produce la intuición fulgurante de un diagnóstico que se sostiene sólo con el instante de ver. Es cosa de sabios y Bauleo lo era, tal vez de una estirpe que el psicoanálisis no volverá a conocer. Esa fobia diagnosticada, era tan cierta que en los 40 años que he tenido el privilegio de encontrarlo, siempre lo hemos hecho por el estricto deseo de hacerlo y jamás cumpliendo con ninguna obligación contraída.

Qué fiesta era encontrarse con Armandito, con él y con Marta y comer con una fruición incomparable y matarnos de gusto, hablando hasta el fin de la noche, de nuestro legado y de interrogarnos acerca de cómo custodiar esa misteriosa herencia, permaneciendo abiertos a toda disposición con lo nuevo y lo distinto y a la vez renovando siempre el pacto eterno con nuestra causa.

No soporto no escuchar más su risa. Voy a Buenos Aires y creo que de un momento a otro la voy a volver a escuchar, esa risa que yo a veces escuchaba antes, incluso, que él llegara al encuentro. No acepto su muerte ni entiendo por qué la vida nos humilla con la muerte de un amigo del que no pude estar a su lado, despidiéndome, antes de entrar al río nocturno.

La última conversación que mantuvimos fue por teléfono. Me habló todo el tiempo él, ya instalado en el centro de su agonía. Dijo que se iniciaba para mí un nuevo tiempo donde las relaciones históricas no iban a cumplir ninguna función porque me tocaba estar solo. Nunca había ocultado la emoción delante de él y siempre me fue necesario llorar. Lo hicimos sin vergüenza, pero ese día, donde hablamos por última vez, me contuve ante el enorme dolor del mensaje cifrado.

Bauleo, sabiendo que, desde muy temprano yo había elegido otra disciplina que la suya, me trató siempre como si siguiera siendo su discípulo. Ni el encuentro con Lacan, ni el análisis en París le parecían detalles importantes. En definitiva, no le gustaban los lacanianos,

pero a mí me tenía por un lacaniano que era uno de los suyos y tenía razón. Ni un solo día dejé de preocuparme por la articulación entre la experiencia subjetiva y la lógica social. Y es de esto, de lo que hemos hablado durante toda la vida, querido Armando Bauleo.

Cuántas generaciones de argentinos, españoles e italianos te debían este homenaje que ahora se hace aquí gracias a la Asociación de Psicoterapia Operativa Psicoanalítica y a Casa de América

Jorge Alemán y leídas por Susana García